

01/2020

20 de enero de 2020

Trinidad Deiros Bronte

Violencia sexual en Congo: el estereotipo del «arma de guerra» y sus peligrosas consecuencias

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Violencia sexual en Congo: el estereotipo del «arma de guerra» y sus peligrosas consecuencias

Resumen:

Los altos niveles de violencia sexual en la República Democrática del Congo (RDC), junto con la «estigmatizante» cobertura mediática de la que ha sido objeto el país africano, han conformado una visión de este fenómeno exclusivamente como parte de una estrategia bélica por parte de los actores armados del conflicto congoleño. Sin embargo, este discurso de la violación como «arma de guerra» y la abrumadora atención que suscita en audiencias y donantes internacionales, no solo obvia el elevado número de violaciones perpetradas por civiles, sino que además tiene consecuencias perversas, como la de propiciar graves discriminaciones en poblaciones muy vulnerables y promover el uso de la violencia sexual como herramienta negociadora por parte de las milicias. El estereotipo del «arma de guerra» dificulta además la prevención de esta atrocidad, pues una comprensión inexacta de quiénes son los perpetradores y de los factores que subyacen a esos abusos podría inducir respuestas ineficaces.

Palabras clave:

RDC, violencia sexual, violación, Congo, arma de guerra, tortura, FARDC, grupos armados, estigma, ONG.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos Marco* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Sexual violence in DRC: the stereotype of ‘weapon of war’ and his dangerous consequences

Abstract:

The high levels of sexual violence in the Democratic Republic of the Congo (DRC), combined with a stigmatizing media coverage, have reflected a vision of this phenomenon exclusively as part of a military strategy by the armed actors of the Congolese conflict. This discourse of rape as a ‘weapon of war’ together with the overwhelming attention it gets in donors and international audiences, not only pass over the civilian rapes on the rise, but also has perverse consequences, such as the discrimination of vulnerable populations and the promotion of rape as a bargaining tool. The stereotype that rape in Congo is used as a ‘weapon of war’ hampers the prevention of this crime, since an inaccurate understanding of who the perpetrators are and the factors underlying these abuses could induce ineffective responses.

Keywords:

DRC, sexual violence, rape, Congo, weapon of war, torture, FARDC, armed groups, stigma, NGO.

Cómo citar este documento:

DEIROS BRONTE, Trinidad. *Violencia sexual en Congo: el estereotipo del «arma de guerra» y sus peligrosas consecuencias*. Documento Marco IEEE 01/2020. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción: Congo, ¿un eterno *Corazón de las tinieblas*?

La violación como estrategia para conseguir fines político-militares en un conflicto armado —como «arma de guerra»— es un fenómeno cuya historia «es tan larga como la de la guerra misma»¹, y que trasciende a culturas, etnias y espacios geográficos diversos. *La Ilíada*, atribuida a Homero —datada entre el siglo VIII y el VI a. C.—, describe cómo este tipo de agresión constituía ya entonces una útil herramienta bélica². Dramas como el sucedido al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando cientos de miles de alemanas fueron violadas por tropas soviéticas, francesas y británicas; o las 1,4 millones de víctimas de este tipo de agresión³ en el este de Prusia, Pomerania y Silesia durante esa misma contienda, confirman que el fenómeno ha sido consustancial a las guerras, incluidas las que se han librado en Europa.

Fue precisamente una guerra entre europeos, la de Bosnia-Herzegovina (1992-1995), junto con el genocidio de Ruanda (1994), la que representó un punto de inflexión respecto a este crimen que anteriormente se consideraba una consecuencia inevitable de los conflictos armados. El uso masivo de la violación con fines de limpieza étnica⁴ en estos dos países⁵ forzó finalmente que la violencia sexual como estrategia bélica entrara en la agenda internacional. Sin embargo, hubo que esperar a 2008 para que el Consejo de Seguridad de la ONU adoptara la resolución 1820 (2008)⁶ que abrió la puerta a que las agresiones sexuales pudieran ser consideradas crímenes de guerra, contra la humanidad o genocidio.

¹ ERIKSSON BAAZ, Maria y STERN, Maria, “Sexual violence as a weapon of war? Perceptions, prescriptions, problems in the Congo and beyond”. Zed Books. Londres, Nueva York, 2013. p. 1-2.

² Citado en FRIZZELL, Nell, “Cómo llegó la violación a ser reconocida como arma de guerra”, revista Vice.com, 4 de enero de 2017. Disponible en <https://www.vice.com/es/article/kzea53/violacion-crimen-guerra> . Fecha de consulta: 12.11.2019.

³ SHEEHAN, Paul “An orgy of denial in Hitler's bunker”. The Sydney Morning Herald. 17 de mayo de 2003. Disponible en: <http://www.smh.com.au/articles/2003/05/16/1052885399546.html> . Fecha de consulta: 12.02. 2018.

⁴ STIGLMAYER, Alexandra “The Rapes in Bosnia-Herzegovina”. Remembering Srebrenica, 2017. Disponible en: <https://www.srebrenica.org/what-happened/the-rapes-in-bosnia-herzegovina-alexandra-stiglmayer/> Fecha de consulta: 12.11.2019.

⁵ HRW, “Shattered lives, Sexual Violence during the Rwandan Genocide and its Aftermath”, septiembre de 1996. Disponible en: <https://www.hrw.org/reports/1996/Rwanda.htm> . Fecha de consulta: 12.11.2019.

⁶ Disponible en: <http://www.un.org/press/en/2008/sc9364.doc.htm>. Fecha de consulta: 12.02.2018.

Pese a esta universalidad de la violencia sexual como «arma de guerra», los medios de comunicación occidentales tienden a acentuar su uso en sociedades descritas como primitivas, bárbaras e hipersexualizadas, tres rasgos que desde el colonialismo se atribuyen a las sociedades africanas y que conforman «la construcción imaginaria del otro africano por los medios de comunicación»⁷.

Hay un país que constituye el paradigma de cómo este tipo de violencia se ha convertido en una «narrativa dominante»⁸, hasta el punto de llegar a ser un «rasgo característico y central del discurso»⁹: la República Democrática del Congo (RDC), el gigante africano que sufrió uno de los colonialismos más «abyectos de la era contemporánea»¹⁰. Durante este período colonial, millones de personas fueron masacradas o murieron por agotamiento, torturas o enfermedad a causa fundamentalmente de la codicia por las riquezas del país —primero, el marfil; y después, el caucho— del rey de los belgas, Leopoldo II, y de empresas privadas que obtuvieron concesiones para explotar estos recursos naturales.

Estas atrocidades quedaron reflejadas en imágenes de adultos y niños congoleños con las manos y los pies amputados por no haber cumplido con las cuotas de recogida de caucho, unas «fotografías del shock» que ya a inicios del siglo XX reconocían el «horror congoleño»¹¹. Al tiempo, sentaban un precedente para el drama «simple y maniqueo»¹² al que hoy se sigue reduciendo la compleja realidad de la RDC. El infierno descrito en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, contribuyó a instaurar una tradición narrativa

⁷ SENDÍN, José Carlos, “La construcción imaginaria del otro africano por los medios de comunicación”, revista Pueblos, 15.12.2002. Disponible en: <http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article138>. Fecha de consulta: 15.11.2018.

⁸ AUTESSERRE, Séverine, “Dangerous Tales: dominant narratives on the Congo and their unintended consequences”, African Affairs 111, 9.02.2012. Disponible en: <http://publish.illinois.edu/internationalhumanrightsworkshop2013/files/2013/07/autesserre-2012-dominant-narratives-on-the-congo.pdf> Fecha de consulta: 15.11.2019.

⁹ GARCÍA MINGO, Elisa, “Cuando los cuerpos hablan, la corporalidad en las narraciones sobre la violencia sexual en la República Democrática del Congo”, Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, volumen LXX, p 161-186, enero-junio 2015. Disponible en: http://www.lolamora.net/images/stories/documentos/2016/rdc_narrativas.pdf Fecha de consulta: 20.11.2019.

¹⁰ Op. cit. 9, p. 4.

¹¹ Ibid. p.5.

¹² STEARNS, Jason, op. cit. 9, p. 11.

donde el trasfondo es siempre un «sufrimiento atroz»¹³ y donde el retrato de Congo se pinta con los colores «del primitivismo, el atraso y la irracionalidad»¹⁴.

El devenir del Congo poscolonial afianzó esta tendencia. Tras la caída de la dictadura de Mobutu Sese Seko, la RDC concluyó el siglo XX atrapada en dos guerras sucesivas entre 1996 y 2003, cuando los acuerdos de Sun City pusieron fin sobre el papel a un conflicto en el que la ONG International Rescue Committee calcula que murieron 5,5 millones de personas. Desde entonces, Congo es un ejemplo de reconstrucción posbélica fallida. No solo sus habitantes siguen sin conocer la paz, sino que por la región de los Kivus campan 130 grupos armados¹⁵.

Así, la historiografía reciente retrata al Congo poscolonial como un eterno «corazón de las tinieblas» en el que «se prolonga la barbarie que ejercía el colonizador y se describe al país como un continuum de muerte y tortura»¹⁶. Este discurso gira en torno a tres narrativas dominantes en los medios de comunicación y el discurso de los activistas; a saber, «una causa primaria de violencia, la explotación ilegal de los recursos minerales; una consecuencia principal, el abuso sexual contra mujeres y niñas; y una solución central, la reconstrucción de la autoridad estatal»¹⁷.

Estas narrativas han tenido consecuencias positivas, como poner a Congo en la agenda de la comunidad internacional. No obstante, el hecho de que lo descrito sea a menudo lo único que se cuenta de ese país ha impuesto una extrema simplificación de un conflicto muy complejo en el que la atención que la comunidad internacional ha concedido a estos tres argumentos ha arrojado al olvido las «otras causas, consecuencias y soluciones [del conflicto]»¹⁸. En este contexto, las violaciones como «arma de guerra» se han convertido en la «sinécdoque del horror congoleño»¹⁹.

¹³ Dunn K.C. 2003. *Imagining the Congo: The international relations of identity*. New York: Palgrave Macmillan. Op. cit. 9, p. 11.

¹⁴ Ibid. p.11

¹⁵ "Congo, Forgotten. The Numbers behind Longest Africa's Humanitarian Crisis". Grupo de Estudios sobre el Congo de la Universidad de Nueva York, agosto de 2019. Disponible en: [https://kivusecurity.nyc3.digitaloceanspaces.com/reports/28/KST%20biannual%20report%20August%2012%20\(1\).pdf](https://kivusecurity.nyc3.digitaloceanspaces.com/reports/28/KST%20biannual%20report%20August%2012%20(1).pdf) Fecha de consulta: 20.11.2019

¹⁶ Op. cit. 9, p, 11.

¹⁷ Op. cit. 8, p. 3.

¹⁸ Op. cit. 8, p. 3.

¹⁹ Op. cit.9, p. 9.

Violaciones en el conflicto congoleño: de la realidad al espectáculo

«Fue a partir de 1998. Nuestros agentes [del centro Olame de la iglesia católica congoleña] que recorrían Kivu Sur empezaron a encontrarse con pueblos de los que toda la población había huido. Al llegar, poco a poco, mujeres y niñas empezaban a salir de los bosques. Prácticamente todas habían sido violadas. Aquello no podía ser una casualidad: esas agresiones se utilizaban para destruir física y psicológicamente a las mujeres y, a través de ellas, a las familias y a las comunidades. En Congo, la mujer es la base de la economía»²⁰.

Mathilde Muhindo fue una de las primeras activistas en dar la voz de alarma sobre cómo combatientes ruandeses y burundeses implicados en la contienda de la RDC estaban utilizando la violación como «arma de guerra». A pesar de que los años postreros de los noventa fueron probablemente los peores en relación con estas atrocidades, el mundo permanecía ciego a lo que sucedía en Congo. En 2002, cuando Human Rights Watch publica el informe *Una guerra dentro de la guerra*²¹, en el que se describe esta realidad, la comunidad internacional abre los ojos al uso de la violencia sexual en el conflicto del país africano.

El texto no solo describía violaciones, a menudo en grupo, de niñas y mujeres de entre cinco y 80 años, sino la práctica de esclavitud sexual y torturas como la de introducir palos o fusiles en sus vaginas, o disparar o mutilar con armas blancas sus órganos genitales. Muchas veces quienes padecían estas agresiones eran rematadas o morían por las heridas. Las violaciones provocaban además embarazos no deseados y/o contagio de VIH/sida, así como gravísimas fístulas²² que dejaban a las supervivientes incontinentes de orina y/o heces. Todo ello aumentaba el estigma por haber sido violadas. Casi siempre, estas mujeres se veían luego rechazadas por sus cónyuges y comunidades. Sus agresores, mientras tanto, gozaban de la más escandalosa impunidad.

²⁰ Entrevista de la autora con Mathilde Muhindo. Bukavu, 26.02.2017.

²¹ Disponible en: <https://www.hrw.org/reports/2002/drc/Congo0602.pdf>. Fecha de consulta: 22.11.2019

²² Las fístulas vaginales son orificios que conectan la vagina con otro órgano, como la vejiga y/o el recto.

En 2009, la secretaria de Estado de EE. UU., Hillary Clinton, puso definitivamente estos hechos en las pantallas de televisión al visitar el este de Congo y definir lo allí sucedido como «una de las más grandes atrocidades de la humanidad» antes de revelar la intención de EE. UU. de destinar 17 millones de dólares para luchar contra la violencia sexual en la RDC²³. Al año siguiente, la enviada especial de Naciones Unidas para las víctimas de violencia sexual en conflictos, Margot Wallström, viajó también a Kivu Norte, donde sentenció que su capital, la ciudad de Goma, era «la capital mundial de la violación» y la RDC «el peor país del mundo para ser mujer». A partir de entonces, «el este de Congo y la violación quedaron unidos de forma indisociable para la mayoría de las audiencias extranjeras»²⁴.

¿Cuántas mujeres han sido violadas en este país africano? Nadie lo sabe. Una estadística del American Journal of Public Health elevó²⁵ a más del 12 % las congoleñas que habían sido violadas alguna vez y, al menos, a 434 000 quienes habían sufrido ese tipo de agresión durante 2006. Según estos datos, cada hora, 48 mujeres eran violadas entonces en la RDC. Médicos Sin Fronteras sostiene, por su parte, que en algunas zonas de la región de los Kivus tres de cada cuatro mujeres han sido violadas²⁶.

Estas cifras podrían incluso estar infravaloradas pues muchas agresiones no se denuncian, pero aun así el rigor de las afirmaciones de Clinton y Wallström es cuestionable. Primero, porque, si bien el país deplora tasas intolerables de violencia sexual, no es el único y puede que ni siquiera sea el peor. Basta con observar las cifras de países como Sudáfrica, donde solo las violaciones denunciadas a la policía se elevan

²³ Op. cit. 1, p. 89

²⁴ Op. cit. 8. p. 14

²⁵ Estimates and Determinants of Sexual Violence Against Women in the Democratic Republic of Congo. American Journal of Public Health (AJPH), 30 de agosto de 2011. Disponible en: <https://ajph.aphapublications.org/doi/abs/10.2105/AJPH.2010.300070> Fecha de consulta: 20.11.2019

²⁶ Médicos Sin Fronteras. 2014. La emergencia que no cesa. Sufrir en silencio en República Democrática del Congo. Barcelona: Médicos Sin Fronteras. Resumen disponible en <https://www.msf.es/actualidad/republica-democratica-del-congo-la-emergencia-que-no-cesa> Fecha de consulta: 15.11.2019.

cada año a alrededor de 50 000²⁷, mientras que organizaciones humanitarias calculan que el 40 % de sudafricanas será violada al menos una vez en su vida²⁸.

Las estadísticas sobre la violación en Congo están además basadas en extrapolaciones, un método que plantea serios problemas en un país cuyo último censo data de 1984 y que ni siquiera tiene registrada a toda su población. Sin embargo, por encima de esta posible inexactitud de los datos o de la comparación con otros países, se debería tener en cuenta la opinión de las congoleñas a la hora de plantearse la oportunidad de sentenciar que Congo es la «capital mundial de la violación». No en vano destacadas activistas de la RDC consideran que asociar a su país de forma indefectible con la violencia sexual es «estigmatizante»²⁹. La antropóloga Elisa García Mingo, cuya tesis versa sobre las mujeres del este de Congo, corrobora las consecuencias negativas de este tipo de discurso, pues estos eslóganes bien intencionados sumados a un tratamiento informativo a menudo descontextualizado han terminado por reducir a las congoleñas a «meros cuerpos violables»³⁰.

«Un día, mientras estaba asistiendo a un congreso en Bélgica, se me acercó una joven desconocida y al ver en mi acreditación que venía del este de Congo me espetó “Ánimo” y acto seguido me preguntó si me habían violado. Mi respuesta fue “Sí y no, yo no he sido violada, pero me siento agredida cada vez que violan a una de mis compatriotas” [...] Donde quiera que voy, llevo la violación pegada. A las congoleñas se nos ha vendido con ese rostro de violación que es como una nueva esclavitud. Eso me desmoraliza», subrayaba la fallecida periodista Solange Lusiku, directora del periódico Le Souverain³¹.

Esta anécdota demuestra hasta qué punto «congoleña» se asimila con «mujer violada», una asociación de ideas que no solo despoja a estas mujeres de su papel como «actoras

²⁷ Rape statistics in South Africa, Africa Check. Junio de 2016. Disponible en: <https://africacheck.org/factsheets/guide-rape-statistics-in-south-africa/> Fecha de consulta: 16.11.2019.

²⁸ MIDDLETON, Lee “Corrective Rape’: Fighting a South African Scourge”. Disponible en: <http://content.time.com/time/world/article/0,8599,2057744,00.html> Fecha de consulta: 16.11.2019

²⁹ Entrevistas realizadas por la autora con activistas como Julienne Lusenge, presidenta de Sofepadi, la abogada Belinda Luntadila, y la fallecida periodista Solange Lusiku, respectivamente en Kinshasa y Bukavu, entre noviembre de 2016 y febrero de 2017.

³⁰ Op. cit 9. p.25

³¹ Entrevista con la autora, Bukavu, 27 de febrero de 2017.

del cambio», sino que al reducir las exclusivamente al papel de víctima «las encierra simbólicamente en esa condición»³².

El hecho de que la RDC se haya convertido en el imaginario colectivo occidental en el país de la violencia sexual tiene otras consecuencias. Por ejemplo, que Congo haya terminado por albergar un auténtico turismo «informativo» de la violación³³, practicado por periodistas, activistas, estrellas de cine y representantes de organizaciones internacionales que peregrinan a la RDC para escuchar el relato de las agresiones por parte de las supervivientes.

Un hito casi obligado de quienes practican este «turismo» es la visita a uno de los dos hospitales más conocidos de los que tratan a pacientes que han sido violadas en el este de Congo, sobre todo el Panzi de Bukavu, dirigido por el cirujano y ginecólogo Denis Mukwege, premio Nobel de la Paz 2018, o bien el Heal Africa de Goma. Animados muchas veces por buenas intenciones, estos visitantes son tan numerosos que los trabajadores humanitarios en terreno han terminado por encontrar «espantosa»³⁴ su presencia y, en general, el desfile de extraños por estos dos centros hospitalarios.

«Según parece, las historias de violación deben presentar imágenes de las víctimas para atraer lectores. Las representaciones a menudo íntimas de cuerpos heridos y sufrimiento están elaboradas de una manera impensable si se tratara de supervivientes de violencia sexual en la mayoría de los países de Europa y Estados Unidos. ¿Se podría concebir la idea de permitir que periodistas y otros visitantes entraran en un hospital en Nueva York o Estocolmo con mujeres recuperándose de [...] una violación y las instaran a volver a contar sus historias a completos desconocidos?»³⁵.

³² Op. cit. 9, p. 24-25.

³³ Op. cit. 1, p.6. Las autoras lo definen textualmente como «turismo de violación»

³⁴ Op.cit. 8, p. 13

³⁵ Op. cit. 1, p.92

Esta oportuna reflexión da una idea del tinte racista de ese «turismo» y del trato que se dispensa a las supervivientes de violación en Congo. Una de sus deplorables características es que las mujeres y niñas que padecen ese tipo de agresión son a menudo privadas del derecho a ser protegidas de visitas inoportunas y de no tener que «revivir el trauma de la violación contando su historia una y otra vez»³⁶, derechos que sí suelen disfrutar las occidentales que sufren violencia sexual.

La falta de respeto a estas personas no se limita a la invasión física de su intimidad en un momento de especial vulnerabilidad, sino que también el tratamiento narrativo de sus historias ha degenerado en demasiadas ocasiones en un «teatro de pornografía de la violencia»³⁷, caracterizado por la gran «corporalidad»³⁸ de unas descripciones focalizadas en las consecuencias físicas de la violación. Este discurso, que gira en torno a la idea de las «vaginas destruidas», tiene su particular frase estereotipada *repetida ad nauseam*; la que alude a que «el cuerpo de las mujeres se ha convertido en un campo de batalla».

Los relatos sobre las agresiones suelen ser pues prolijos en detalles sobre el tratamiento quirúrgico para reconstruir los genitales de las víctimas. Sin embargo, estas narraciones constituyen un buen ejemplo de la «estrategia de victimización en relación con la violación»³⁹ porque, al contrario de lo que se podría colegir a juzgar por buena parte de productos narrativos sobre la violencia sexual en Congo, la mayoría de congoleñas que tiene que someterse a cirugía genital no ha sido violada. Solo el 0,8 %⁴⁰ de los casos de fístula en ese país son el resultado de una agresión sexual; el resto tiene como origen un parto traumático.

³⁶ Ibid. p.92

³⁷ Op. cit. 9, p.5.

³⁸ Ibid. p.5.

³⁹ Op. cit. 1, p. 99.

⁴⁰ Ibid.

Esta realidad menos llamativa, pero no menos difícil para quien la sufre, no se cuenta o se cuenta poco. Muchos periodistas siguen compitiendo por superarse unos a otros relatando «el más bárbaro escenario de violación en grupo»⁴¹, una tendencia cuyo resultado es que los casos más brutales se presenten como la norma. En aras de lograr la espectacularidad en sus crónicas y reportajes, algunos informadores relatan historias atroces de supervivientes que fueron agredidas hace años, un aspecto crucial que no siempre se hace explícito. De esta manera, la violencia sexual en Congo se presenta como un espectáculo donde las supervivientes son tratadas «como objetos cuyo sufrimiento está ahí para ser consumido por audiencias occidentales»⁴².

Violaciones en Congo, ¿siempre un arma de guerra?

Una sociedad contaminada de belicismo: los violadores civiles

La «apropiación del sufrimiento»⁴³ de las congoleñas cuyo correlato son productos periodísticos de «la cultura de masas que convierte el horror y la tragedia en estremecimiento barato»⁴⁴, y el éxito de este tipo de narración en las audiencias y los donantes internacionales, han contribuido notablemente a impulsar el discurso del «arma de guerra» al olimpo de las verdades indiscutibles. Así, numerosos periodistas, activistas y humanitarios describen la violencia sexual en Congo como una foto fija del pasado en la que la evolución del fenómeno en los últimos años no parece haber hecho mella.

Esa imagen inmutable obvia datos que desmienten en muchos casos el titular/eslogan del «arma de guerra», especialmente uno: el aumento constante de las violaciones perpetradas por civiles. Si en 2004, al año siguiente del final oficial de la contienda, estas constituían «menos del 1 % del total»⁴⁵, en 2008 el porcentaje se elevaba ya al 38 %. En

⁴¹ STEARNS, Jason, "Are we focusing too much on sexual violence in the DRC? *Congo Siasa*, 14 de diciembre de 2009. Disponible en: <http://congosiasa.blogspot.com/2009/12/are-we-focusing-too-much-on-sexual.html>. Fecha de consulta: 20.11.2019

⁴² Op. cit. 1, p. 92.

⁴³ Op. cit.9, p. 21.

⁴⁴ Ibid. p. 22

⁴⁵ Disponible en: <https://www.oxfam.org/en/press-releases/new-report-shows-shocking-pattern-rape-eastern-congo>. Fecha de consulta: 29.11.2019

2013, un portavoz del Fondo de Naciones Unidas para la Población declaró que, de las agresiones que tenían registradas, el 77 % habían sido perpetradas por civiles⁴⁶.

¿Quiénes son estos civiles? ¿Por qué hay tantas violaciones en la RDC si no se enmarcan ya en muchos casos dentro de una estrategia bélica? Casi con toda certeza, una parte de ellos son excombatientes. Así lo indican datos como que, en regiones como Kivu Norte, casi la mitad de hombres (43 %)⁴⁷ ha formado parte de las Fuerzas Armadas congoleñas (FARDC), o bien se ha involucrado en algún grupo armado. Enrolados voluntariamente o a la fuerza, algunos de estos hombres fueron niños-soldado, se hicieron adultos con un ideal de masculinidad bélica y siendo forzados a matar y violar, o al menos viendo como otros lo hacían.

Esta exposición a la violencia y la interiorización de su normalidad son un legado del conflicto y también uno de los motivos por los que las violaciones siguen en niveles estratosféricos en Congo. Un estudio⁴⁸ del Banco Mundial sobre excombatientes describe algunas de las consecuencias de esta herencia. Una de ellas es que el 44 % de los antiguos militares o milicianos encuestados aseguró disfrutar al ver sufrir a sus víctimas, mientras que casi uno de cada diez describió el combate como sexualmente excitante; es decir, que estos antiguos combatientes «no solo se acostumbraron a la violencia, sino que con el tiempo empezaron a disfrutar de ella y desarrollaron la necesidad de ser cada vez más crueles». Uno de cada diez de estos hombres había sido además violado, a menudo por sus propios mandos.

Con el virus de la violencia ya dentro, los combatientes desmovilizados volvieron luego a sus casas sin haberse beneficiado de rehabilitación alguna. De esta forma, llevaron consigo su trauma a sus familias y vecindarios, un fardo de violencia que, en el caso de

⁴⁶ WOLFE, Lauren, "Unarmed and Dangerous With civilian rape on the rise, the war on Congo's women comes painfully, pervasively home", *Foreign Policy*, 07.03.2014. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2014/03/07/unarmed-and-dangerous/>. Fecha de consulta: 30.11.2019.

⁴⁷ Gender relations, sexual and gender-based violence and the effects of conflict on women and men in North Kivu Provinces of the Democratic Republic of the Congo, Final Report 2014, Promundo and Sonke Gender Justice, p. 26. Disponible en: <https://promundoglobal.org/wp-content/uploads/2014/12/Gender-Relations-Sexual-and-Gender-Based-Violence-and-the-Effects-of-Conflict-on-Women-and-Men-in-North-Kivu-Eastern-DRC-Results-from-IMAGES.pdf> . Fecha de consulta: 01.12.2019.

⁴⁸ Sexual and Gender-Based Violence in the Kivu Provinces of the Democratic Republic of Congo: Insights from Former Combatants. World Bank Group, 09.2013. Disponible en: <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/17852> . Fecha de consulta: 01.12.2019.

una de cada cuatro de estas personas, se ha traducido—siempre según el Banco Mundial— en graves trastornos de estrés postraumático.

Los excombatientes no son los únicos civiles que violan ni los únicos congoleños traumatizados por la guerra. Toda la población del este de Congo ha estado y está expuesta al conflicto y, por lo tanto, ha sido educada en ese modelo de masculinidad agresiva cuyo ideal es ser «dominante con los débiles para conseguir lo que se quiere, sea poder, dinero o el cuerpo de las mujeres»⁴⁹. A esta socialización nefasta se une la devastación emocional de la población de la parte oriental del país. Los datos estadísticos son muy elocuentes: en Kivu Norte, el 50 % de sus habitantes afirma haber perdido a un familiar en el conflicto; el 25 % deplora la muerte de un hijo; y, un porcentaje idéntico —uno de cada cuatro congoleños de esa región— relata haber sido herido en los combates. El resultado de todo este dolor es que nada menos que dos de cada tres habitantes de la provincia septentrional del Kivu aseguran «haber perdido la capacidad de amar y cuidar a otras personas»⁵⁰.

En esta sociedad enferma psicológicamente por su dolorosa historia, este es otro factor que contribuye a justificar que las mujeres sean las víctimas de elección de las peores formas de violencia, incluida la sexual: las discriminatorias normas y roles de género ampliamente aceptados tanto por hombres como por mujeres. En un perfil en materia de igualdad de género elaborado por la embajada de Suecia y la UE en Kinshasa, la RDC ocupaba el puesto 144 de 148 países. La discriminación que padece la congoleña en todos los ámbitos —sanidad, educación, acceso a los derechos económicos y políticos y a la justicia—⁵¹, y creencias como la de que el hombre tiene «derecho al sexo», incluso si la mujer se niega —un «derecho» que apoyan el 62 % de las mujeres de Kivu Norte y el 48 %⁵² de hombres de esa región—, contribuyen a justificar las agresiones sexuales. Igualmente revelador es el dato de que casi un tercio de los hombres interrogados aseverara que las mujeres «a veces quieren ser violadas» y que una mujer así agredida

⁴⁹ WOLFE, Lauren, “Unarmed and Dangerous. With civilian rape on the rise, the war on Congo's women comes painfully, pervasively home”, Foreign Policy, 07.03.2014. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2014/03/07/unarmed-and-dangerous/> . Fecha de consulta: 03.12.2019

⁵⁰ Op. cit. 47, p. 25.

⁵¹ Disponible en: <https://www.lauradavis.eu/wp-content/uploads/2014/07/Profil-genre-2014-RDC.pdf> . Fecha de consulta: 5/12/2019

⁵² Todos los datos de este párrafo provienen de op. cit. 47.

«puede disfrutar con ello»⁵³. A estas creencias machistas se añaden otras de carácter tradicional no menos misóginas como la de que tener sexo con una virgen confiere poder, buena suerte e incluso cura el VIH/sida, una superstición que está detrás de las violaciones a niñas de corta edad. La impunidad, que en los últimos años ha empezado a decaer tímidamente, deja además a los violadores el camino expedito para perpetrar sus crímenes.

Como se deduce de todo lo expuesto, la violación en Congo es también una manifestación extrema de violencia de género, como corrobora otro dato: el elevadísimo número de agresiones sexuales en el seno de la pareja, otra realidad ausente de los relatos sobre este drama, al no corresponder con el tópico del «arma de guerra». De las mujeres violadas que participaron en el estudio citado del American Journal of Public Health, el 22,5 % no denunció haber sido atacada por un combatiente, sino por su marido o compañero.

Más sorprendente aún es saber que la dicotomía mujer-víctima/hombre-perpetrador no siempre es fiel a la realidad. En una investigación⁵⁴ sobre salud mental en el este de Congo, el 41,1 % de encuestadas aseguró haber participado en violencia sexual «relacionada con la guerra» contra otras mujeres, mientras que un 10 % había agredido a varones. Como la presencia de mujeres en las FARDC y las milicias es minoritaria, estos porcentajes indican que la mayor parte de estas perpetradoras eran civiles, una característica que corrobora de nuevo el hecho de que «la interpretación de las violencias sexuales solo como un efecto de la guerra no alcanza a reconocer que hoy en día estas suceden esencialmente entre civiles y deberían, en parte, ser comprendidas analizando el contexto sociocultural, las ideologías ligadas al género (masculinidad y feminidad) y la posición de las mujeres en los ámbitos económicos, social y político»⁵⁵.

⁵³ Ibid, 53.

⁵⁴ JOHNSON, Kirsten et al. "Association of Sexual Violence and Human Rights Violations with Physical and Mental Health in Territories of the Eastern Democratic Republic of the Congo", JAMA, 04.08. 201, vol 304, nº 5, p.553.

⁵⁵ DOUMA, Nynke y HILHORST, Dorotea, "Fond de commerce? Assistance aux victimes de violences sexuelles en République Démocratique du Congo", *Disaster Studies, Occasional Papers* 03, p.65.

Combatientes que violan: el pánico progresivo

No solo el creciente número de violaciones entre civiles desmiente que la violencia sexual se utilice siempre como «arma de guerra» en Congo. Algunos especialistas en seguridad, política y género, como Maria Eriksson Baaz y Maria Stern, consideran que ni siquiera las agresiones cometidas por combatientes «implican necesariamente que esta violencia se plantee como estratégica o sea animada por los mandos [...] Reducir las violaciones en una guerra a una simple función de estrategia promovida por los jefes militares equivale a conceder demasiada racionalidad e intencionalidad a la violencia en tiempos de guerra»⁵⁶. Estas autoras llegaron a esta conclusión tras entrevistar a más de 200 oficiales y soldados de las FARDC. Sus testimonios, aseguran, «sugieren que la violencia sexual basada en el género no ha sido usada como una estrategia militar explícita pues los soldados no recibieron órdenes de violar. Interrogados si habían recibido órdenes en ese sentido, su respuesta fue siempre “no”»⁵⁷.

Eriksson Baaz y Stern se refieren también a una multiplicidad de factores para explicar qué lleva a estos militares a violar si no es por orden de su jerarquía. Entre estos motivos, citan el concepto del pánico progresivo⁵⁸, un estado mental que puede surgir en las condiciones de extrema tensión y miedo de la guerra; y que se traduce en una atmósfera de histerismo y en espirales de violencia incontrolable que empujan a los combatientes a cometer atrocidades no dirigidas a ningún fin estratégico. Algunos militares entrevistados por estas dos autoras aludían a ese estado de ánimo con la expresión «el espíritu y la locura de la guerra»⁵⁹.

«La guerra es una locura que destruye la mente de las personas. Algunos se vuelven locos. La violación es también el resultado de ello, sobre todo las “malas violaciones” [violaciones con torturas, mutilaciones y/o asesinato]. Además, las drogas tienen mucho que ver. Si tomas drogas, bebes u otras cosas, no es bueno. Y muchos, muchos [...] la

⁵⁶ Op.cit. 1, p.65.

⁵⁷ ERIKSSON BAAZ, Maria y STERN, Maria, *The Complexity of Violence: A critical analysis of sexual violence in the Democratic Republic of Congo*. SIDA Working Paper on Gender Based Violence, 05.2010, p. 5. Disponible en: <http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:319527/FULLTEXT02>. Fecha de consulta: 10.12.2019.

⁵⁸ COLLINS, RANDALL: “Violence: A Microsociological Theory”, Princeton, NJ, and Oxford: *Princeton University Press*. Op. cit. 1, p. 78–81.

⁵⁹ Op.cit.1, p. 83.

mayoría, tomaban drogas». El testimonio de este capitán de las FARDC se refería al uso generalizado de drogas. Otros militares justificaban las agresiones expresando fuertes sentimientos de humillación, maltrato y victimización. No hay que olvidar que la tropa de las FARDC no solo vive en la miseria, en no pocas ocasiones a causa de la corrupción de sus mandos, sino que además es impopular en una población contra la que tiene un prolijo historial de violaciones de derechos humanos.

El soldado congoleño ocupa el más bajo nivel de la pirámide social y, por las razones citadas, suele mantener unas relaciones muy conflictivas con los civiles. Este sentimiento de humillación y de falta de respeto por parte de los civiles hace que estos militares sean más propensos a cometer violencia⁶⁰.

Las violaciones en Congo en el marco del conflicto tampoco se producen de forma que se pueda pensar que cometer agresiones sexuales era el único o el principal fin de los combatientes. Se sabe que «gran parte de la violencia sexual en la RDC se produce en combinación con episodios de saqueo [...] El saqueo no solo se combina con la violación, sino también con otras formas de violencia como matar, golpear, secuestrar, etc.»⁶¹. En el caso de los militares que participaron en la investigación citada entre soldados y oficiales de las FARDC, sus condiciones de vida miserables era uno de los motivos que los encuestados citaban para justificar sus tropelías, entre ellas el saqueo y la violación.

Eriksson Baaz y Stern, autoras del estudio, concluyen que la violencia basada en el género en el conflicto congoleño cometida por personal del sector de seguridad debe ser pues entendida más como el resultado de la combinación de todos los factores citados que como una estrategia fruto de órdenes de una jerarquía. Una conclusión parecida a la que se puede extraer del estudio entre excombatientes del Banco Mundial, en el que solo un 13 % de encuestados afirmaba haber recibido órdenes de violar.

Además de esta ausencia de órdenes, otras características del conflicto congoleño confirman el carácter no estratégico de, al menos, una buena parte de los casos de violencia sexual en el país africano. Por ejemplo, en Congo, a pesar de existir tensiones étnicas entre congoleños y hablantes de kinyarwanda (la lengua ruandesa) —asimilados con ruandeses o tutsis incluso si son de nacionalidad congoleña—, la violación no se ha usado como instrumento de limpieza étnica y ha tendido «a ser cometida contra cualquier

⁶⁰ Ibid. p. 81.

⁶¹ Ibid. p.34

mujer, independientemente de la afiliación étnica o política»⁶². De esta ausencia de un perfil concreto de las víctimas da fe la actuación de grupos armados como los Mai-Mai, responsables del grueso de violencia sexual en las comunidades cuyos milicianos dicen proteger de «los ruandeses».

Por todo ello, ante la evolución del fenómeno en la RDC, «un creciente cuerpo de literatura sugiere que los informes periodísticos y de activistas predominantes sobre la violación en el Congo a menudo son incompletos y, en muchos casos, simplemente erróneos. Si bien nadie discute que hombres armados cometen violaciones sexuales contra civiles, la historia de quién está violando a quién resulta ser mucho más complicada de lo que sugiere la narrativa popular»⁶³.

Como antaño, en Congo la violencia sexual «sigue siendo una herramienta para humillar e intimidar, pero esa humillación e intimidación es mucho menos estratégica y mucho más compleja que una estrategia de combate para alcanzar ulteriores réditos políticos/militares»⁶⁴. Quizá cabría preguntarse si la violación en el país africano no se ha convertido en un «hecho sistémico»⁶⁵ en una sociedad enferma de violencia.

Las consecuencias del discurso del «arma de guerra»

La violación como herramienta y la jerarquización de la desgracia

El discurso sobre el «arma de guerra» no es inocuo. Sus consecuencias son a menudo graves y, entre las más preocupantes, está que los grupos armados, bien informados sobre la atención que este fenómeno suscita en el extranjero, empezaron a percibir la violación «como una efectiva herramienta negociadora»⁶⁶ a principios de esta década. En la mayor parte de los casos, las milicias se limitaron a amenazar con violar; en otros,

⁶² Op. cit. 57, p.14.

⁶³ SEAY, Laura, “Do We Have the Congo Rape Crisis All Wrong?”. The Atlantic, 24.05.2011. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2011/05/do-we-have-the-congo-rape-crisis-all-wrong/239328/> . Fecha de consulta: 06.12.2019.

⁶⁴ Op. cit. 57, p. 57

⁶⁵ DICKINSON, Elizabeth, “How can we explain the rape epidemic in Congo?”, *Foreign Policy*, 11.05.2011. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2011/05/11/how-can-we-explain-the-rape-epidemic-in-congo/>. Fecha de consulta: 06.12.2019.

⁶⁶ Op. cit. 8, p.16.

llevaron sus amenazas a la práctica, como sucedió en agosto de 2010 en Luvungi, en Kivu Norte, cuando 387 civiles fueron violadas por parte de los Mai-Mai Sheka. Según diversas fuentes, los miembros de este grupo armado recibieron órdenes de violar a las mujeres, en lugar de golpearlas y saquear sus bienes como solían hacer, debido a que querían atraer la atención de la comunidad internacional para que Estados y organizaciones internacionales presionaran al Gobierno congoleño con el fin de que negociara con ellos. Eso fue «exactamente lo que sucedió»⁶⁷.

El «abrumador enfoque en el abuso sexual contra mujeres y niñas»⁶⁸ en Congo no solo ha catalizado paradójicamente su uso por parte de algunos grupos armados, sino que también ha tenido otras consecuencias perversas. La primera es la discriminación que ha provocado en poblaciones muy vulnerables, cuyos habitantes han sufrido de forma masiva terribles violaciones de derechos humanos —ejecuciones sumarias, masacres, torturas no sexuales, reclutamiento forzoso de adultos y niños, por citar algunas— pero de las que solo una, la violencia sexual, recibe la atención que merece para sus supervivientes⁶⁹.

«Durante entrevistas *off-the-record*, trabajadores humanitarios congoleños y extranjeros se quejaron regularmente de que no logran llamar la atención de los medios de comunicación y de los donantes acerca de sucesos espantosos que no tienen dimensión sexual. También se lamentaron de que reciben más dinero del que necesitan para tratar a las víctimas de abusos sexuales, mientras que carecen de fondos para poner en marcha otros proyectos cruciales»⁷⁰.

Quizá el mejor ejemplo sea la asistencia sanitaria. En Congo, las elevadas sumas de la financiación para la lucha contra la violencia sexual han desembocado en un sesgo en el acceso a la atención médica, un derecho que el Estado congoleño ha delegado en gran medida en ONG internacionales. La tendencia a financiar de forma preferente proyectos de cooperación con el objetivo de tratar exclusivamente a las supervivientes de violación, en lugar de reforzar el sistema sanitario nacional, ha convertido las falsas alegaciones de haber sufrido ese delito en una estrategia de supervivencia para las

⁶⁷ Ibid.

⁶⁸ Ibid.p.15.

⁶⁹ Ibid.

⁷⁰ Op. cit.8, p.15.

congoleñas más desposeídas, conscientes de que esta es «a menudo la única forma»⁷¹ de obtener atención médica gratuita.

La falta de rigor de algunos medios de comunicación y de transparencia de algunos activistas ha agravado esa discriminación, por ejemplo, en el caso de las mujeres que sufren fístulas. Los hospitales Heal Africa y Panzi señalaron que, en 2011, solo el 3 % de los casos de fístulas que trataron fueron causados por una agresión sexual, en el caso del primero, mientras que de 350 pacientes operadas en el Panzi, solo una tuvo que ser intervenida a consecuencia de una violación⁷². El resto de mujeres operadas había sufrido complicaciones en el parto. Como numerosos proyectos de cooperación tienen como únicas beneficiarias a las supervivientes de agresiones sexuales, las pacientes que padecen fístulas obstétricas son presentadas a menudo en las estadísticas como víctimas de violencia sexual, y tratadas «clandestinamente»⁷³.

Esta estrategia tiene la innegable virtud de permitir a estas mujeres acceder a tratamiento gratuito, pero, al mismo tiempo, impide que su problema se visibilice, paso previo para que se conceda más atención y fondos a esta grave complicación obstétrica. En este como en otros casos —ayudas socioeconómicas, programas de formación, becas para sus hijos— el mensaje implícito que se envía a las congoleñas es que, para acceder a servicios de base, hay que presentarse como una víctima de violación. Las críticas a este sistema han llevado en los últimos años a algunos donantes a empezar a financiar proyectos de asistencia sanitaria inclusivos para toda la población, incluidas por supuesto las víctimas de violencia sexual⁷⁴.

Como vemos, el discurso del «arma de guerra», al centrar exclusivamente la atención en las supervivientes de este delito, ha provocado una jerarquización de la desgracia, incluso entre las propias víctimas de violencia sexual. Entre ellas, hay que deplorar la invisibilidad de una categoría: los hombres y los niños que constituyen al menos entre el 4 y el 10 % de casos⁷⁵. La injusticia de relegar al olvido a estas personas tiene también

⁷¹ Op. cit. 57, p.61.

⁷² Op. cit. 55, p.10.

⁷³ Ibid. p. 46.

⁷⁴ La autora tuvo ocasión de visitar en 2017 varios centros sanitarios en Kivu Norte, gestionados por la ONG Cooperazione Internazionale donde 200 000 congoleños recibían asistencia sanitaria gratuita, incluidas las supervivientes de violencia sexual.

⁷⁵ Op. cit.8, p.15.

consecuencias inesperadas en la prevención de esta plaga; porque el hecho de describir la violencia sexual como un problema exclusivamente «de mujeres» es contraproducente dado que «evita un compromiso constructivo por parte de los hombres» en una cuestión que les atañe y no solo como perpetradores. La casi negación del abuso a hombres y a niños, sumado a su exclusión de muchos proyectos de asistencia, impide además que se rompan «los ciclos de trauma y de violencia»⁷⁶ en Congo.

Para prevenir nuevas agresiones, sería necesario igualmente que el foco no se centrara solo en las agresiones sexuales sin considerar los otros abusos con los que estas suelen ir unidas, pues, de esa forma, se priva a esas atrocidades de su contexto. «La violencia sexual basada en el género no puede ser analizada en relativo aislamiento, sino que tiene que ser observada en un contexto donde las violaciones graves de derechos humanos ocurren a diario»⁷⁷.

La comercialización de la violación

Las críticas a la asistencia a las supervivientes no se limitan a la discriminación que provoca en las poblaciones vulnerables, también atañen a su escaso impacto, sobre todo a la luz de las importantes partidas económicas destinadas a ese fin, una lluvia de millones que no es ajena a ciertas derivas, entre ellas, la presencia de ONG «esencialmente interesadas por la obtención de fondos»⁷⁸.

Desde 2010, tras las visitas referidas de Clinton y Wallstrom, el anuncio de generosas donaciones y la posibilidad de obtener financiación de forma relativamente sencilla para la asistencia a las víctimas convirtió el este de Congo en un destino preferente para las organizaciones humanitarias. Solo la financiación entre 2010 y 2013 de algunos donantes internacionales (USAID, UE, DFID, SIDA) superó los 86 millones de dólares, eso sin contar con fondos bilaterales o de donantes como el Banco Mundial⁷⁹. Cientos de ONG se instalaron entonces en la región con su personal expatriado y contrataron

⁷⁶ Op. cit. 57, p. 14.

⁷⁷ Ibid. p. 56

⁷⁸ Op. cit. 55 p. 9

⁷⁹ Ibid. p. 38.

personal local. Desde entonces, la frase «No viol, no job»⁸⁰ (Sin violaciones, no hay trabajo), se popularizó en Bukavu, capital de Kivu Sur, para describir cómo la asistencia a las víctimas se ha convertido en un motor económico y, en algunos casos, en una forma de lucro.

El modo en que se ha planteado durante años la asistencia a las víctimas ha facilitado las derivas. Por ejemplo, la gestión de los proyectos por cifras, en los que la financiación se otorgaba en razón de «x víctimas asistidas durante el período x de tiempo». Este criterio está detrás de la competición entre algunas organizaciones para identificar y enrolar en sus proyectos de asistencia a víctimas que después eran consideradas de su «propiedad». Actores humanitarios entrevistados sobre esta cuestión utilizaron términos como «fuerza» y «secuestro» para describir la forma en la que algunas organizaciones captaban a «sus mujeres» en los pueblos para llevarlas a refugios en zonas urbanas «a fin de proporcionar a la organización la posibilidad de presentarlas a los donantes». Según un testimonio de un cooperante, un director de una ONG presentó a su mujer, sus hermanas y sus vecinas como víctimas para «justificar fondos»⁸¹.

«Los desconocidos llegaban y organizaban una discusión en una escuela o iglesia; luego le pedían a su representante que les señalara a las mujeres que habían sido violadas. Una práctica que todavía sorprende a Mathilde Muhindo del centro Olame: “¿Te parece normal que una mujer que ha sido violada levante la mano en público para decir: ¡Yo he sido violada!? No sé cómo es en Francia, pero a mí no me parece normal”»⁸².

Sin llegar a estos extremos, muchos proyectos de asistencia a las supervivientes adolecen de un planteamiento cortoplacista y de un enfoque meramente «curativo»⁸³ que no resuelve sus problemas de reinserción socioeconómica y comunitaria. Además, la lucha contra la violencia sexual en Congo dedica muchos fondos a sus consecuencias, pero pocos a sus causas. Por citar un ejemplo, «el presupuesto consagrado a la violencia sexual dobla al de las actividades ligadas a la reforma del sector de seguridad y es un

⁸⁰ QUILLARD, Marion, “All those who have been raped raise their hands”, *Revue XXI*, 20.04.2016. Disponible en: <https://www.groene.nl/artikel/all-those-who-have-been-raped-raise-your-hand>. Fecha de consulta: 10.11.2019.

⁸¹ Todos los entrecomillados de este párrafo proceden de op. cit. 55, pp. 49-50.

⁸² Op. cit. 80.

⁸³ Op. cit. 55, p.10.

poco menos de la mitad del Fondo de consolidación para la paz, que constituyen sin duda dos temas orientados a la prevención de violencias sexuales»⁸⁴.

Conclusiones

El discurso de la violencia sexual como «arma de guerra» se ha convertido en una narrativa dominante acerca de esa atrocidad en Congo. Sin duda, ese tipo de relato ha tenido la virtud de poner el conflicto de la RDC en la agenda internacional, pero también ha conllevado consecuencias indeseables. Entre ellas, el de haber asumido el concepto de «congolesa» con el de «mujer violada», una asociación de ideas que ha encerrado a las mujeres de ese país en la condición de víctimas eternas.

La atención dedicada a este fenómeno en el extranjero ha tenido otros efectos inesperados, entre ellos, el de haber catalizado en ocasiones el uso de la violación como herramienta negociadora por parte de los grupos armados. Otra consecuencia del foco internacional centrado casi exclusivamente en la violencia sexual —que deja a un lado otras terribles violaciones de derechos humanos en la RDC— es que la forma en la que se ha planteado la asistencia a las víctimas ha provocado graves discriminaciones en una población muy vulnerable; por ejemplo, al reservar el acceso a la atención sanitaria gratuita solo para las supervivientes de agresiones sexuales.

Por otro lado, la teoría del «arma de guerra» obvia el aumento de agresiones sexuales perpetradas por civiles en Congo. Este hecho constituye en parte un legado del conflicto, pero obedece a su vez a la impunidad y a aspectos culturales y socioeconómicos como unas normas de género discriminatorias que normalizan estos abusos.

La atribución indefectible de la violencia sexual al conflicto tampoco tiene en cuenta los estudios entre combatientes en la RDC, que indican que ni siquiera todas las agresiones sexuales cometidas por estos responden a órdenes de una jerarquía ni tienen un carácter estratégico. Así lo indican datos como los de una investigación del Banco Mundial entre excombatientes, en el que solo el 13 % de ellos afirmaba haber recibido órdenes de violar.

⁸⁴ Ibid, p. 40.

El discurso del «arma de guerra» lastra, por lo tanto, la prevención de la violencia sexual porque impide comprender quiénes son los perpetradores y cuáles son los otros motivos de un problema sistémico en una sociedad traumatizada por décadas de conflicto. De ahí que, sin renunciar al imperativo moral de atender a los supervivientes de violación, sea urgente dedicar más atención a las causas de este fenómeno y no solo a las consecuencias. Se impone para ello la adopción de una visión holística que analice esta plaga en un contexto de violaciones masivas de derechos humanos y con un enfoque de género que tenga en cuenta todos los terribles abusos que sufren de forma cotidiana las mujeres y niñas congoleñas. Para romper el ciclo de trauma y violencia es asimismo indispensable asistir a los hombres y niños violados, una categoría a menudo descuidada y excluida de los proyectos de asistencia a las víctimas.

Por incómodo que humanamente pueda ser, la prevención de la plaga de la violencia sexual en la RDC exige igualmente estudiar y trabajar con los perpetradores —hombres armados o civiles— para comprender los factores subyacentes a este fenómeno.

La comunidad internacional ha adoptado hasta ahora un enfoque casi de benevolencia a la hora de abordar la violencia sexual en Congo, cuyo principal esfuerzo económico ha estado dirigido fundamentalmente a financiar una asistencia curativa y a corto plazo a las víctimas. Sin embargo, este enfoque, criticado por su escaso impacto en la reinserción de las supervivientes y en la prevención de este drama, se ha revelado como una alternativa fácil⁸⁵ y barata a la necesaria acción política real. Esta implicaría, entre otras medidas, exigir al Estado congoleño la adopción de medidas de calado en cuanto a consolidación de la paz y la profundización de las reformas del sector de seguridad y de la justicia. Un aspecto que se revela urgente es el de la formación y profesionalización de los miembros de las FARDC, cuyas condiciones de vida miserables deberían ser dignificadas. Ambas condiciones son indispensables para mejorar las conflictivas relaciones entre militares y civiles en Congo.

⁸⁵ PRUNIER, Gérard, op.cit. 9, p. 20.

En coherencia con este necesario cambio de enfoque por parte de la comunidad internacional, se debería privilegiar intervenciones a largo plazo que propicien un cambio de paradigma en la sociedad congoleña, sobre todo en cuanto a las relaciones de género. La consecución de este objetivo —que pasa en gran parte por la educación y la inversión en liderazgo femenino— no será posible si no se exige a las autoridades de la RDC que adopten medidas para acabar con la extrema vulnerabilidad y la privación de derechos —económicos, políticos, familiares y sociales—que padecen las mujeres y niñas de ese país.

Un aspecto vital que a menudo se obvia es la promoción del acceso de las congoleñas a los puestos de representación y poder político, que hasta ahora les están prácticamente vedados. Este empoderamiento político permitiría a las mujeres de la RDC participar en las decisiones del Estado y, por lo tanto, adoptar medidas para mejorar su condición y paliar la terrible violencia que han sufrido de forma especialmente grave durante décadas de conflicto.

*Trinidad Deiros Bronte**
Periodista y excorresponsal en la RDC